

CARTA A NATALIA

MAREN VONDER BORCH.

Querida Natalia:

Me cuentas que regresaste a tu pueblo para escribir tu tesis. Día tras día, me comentas, llegan autobuses llenos de personas provenientes de todo el país y otras partes del continente. En su mayoría son aspirantes a indocumentados que sólo se quedan un par de días, antes de seguir su camino rumbo al Norte. Otros llegan para iniciar algún tipo de negocio –desde brindar hospedaje y comida a los emigrantes, hasta servir de guía a quienes cruzan la frontera.

En apenas unos cuantos años, me dices, tu pueblo se ha convertido en un microcosmos en el que confluyen personas de muy diferentes orígenes, culturas, idiomas e intereses. Tú quieres saber cómo todo este movimiento de gente ha trastocado los espacios y los ritmos del lugar. Has entrevistado a muchas personas y me preguntas qué debes leer, para explicarte lo que has encontrado.

Te propongo empieces por leer a Georg Simmel. Te advierto que no es un autor fácil. Rara vez define sus conceptos. En ocasiones se contradice. Nunca avanza de manera lineal. Cuesta trabajo, además, leer a un sociólogo que con todo desparpajo confiesa que la sociedad real o concreta, no le interesa; lo importante para él era lo que podría ocurrir. En su obra *Sociología* (1908), Simmel lo hace explícito: “Este libro intenta mostrar la posibilidad de una nueva abstracción científica de la existencia social. Por lo tanto, lo esencial consiste en llevar a cabo esta abstracción sobre algunos ejemplos, mostrando que no carece de sentido. Si se me permite expresarme con alguna exageración, en bien de la claridad metódica, diré que lo que importa es que estos ejemplos sean *posibles*, y no que sean *reales*”.¹

¹ Georg Simmel, “La cantidad en los grupos sociales”. En Georg Simmel, *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*, 2 vols. (Madrid: Revista de Occidente, 1977 [publicado originalmente en 1908]), 1: 57-146, en esp. 1: 58 y 59, nota 1.

A través de este curioso método de analizar las *formas* y no los *contenidos* de los procesos sociales, Simmel llega a conclusiones siempre sorprendentes: la realidad cotidiana que creíamos de sobra conocida, de pronto nos parece un mundo fantástico, casi exótico. Ya lo dijo su paisano y contemporáneo Max Weber: “Casi todas sus obras son de esa especie de libros en dónde no sólo los resultados válidos, sino también los falsos, proporcionan tal riqueza de estímulos para el desarrollo del pensamiento propio que, comparada con ellos, la mayoría de incluso los más preciosos logros de otros académicos parecen despedir continuamente ese olor peculiar a estrechez y pobreza”.²

A Simmel le tocó habitar un mundo muy accidentado. En 1858, año en que nació, Alemania no era todavía país, sino una federación de pequeños reinos, ducados, principados y ciudades libres, con aduanas y monedas múltiples, lealtades localistas y ritmos bastante provincianos. En 1871, esa federación se constituyó en nación. Berlín – antes sólo capital de la provincia de Prusia- se convirtió en la capital del Imperio alemán cuyo mayor empeño era impulsar la industria³ y convertirse en potencia colonial en un momento en que el reparto del mundo ya prácticamente había concluido.

Simmel experimentó en carne propia las contradicciones de su tiempo. Aún y cuando se había habilitado⁴ debidamente y que las cátedras que impartía en la Universidad de Berlín eran verdaderos acontecimientos sociales -acudían a ellas no sólo numerosos estudiantes sino también escritores, poetas, artistas- le fue negada una y otra vez su plaza de profesor ordinario, debido esencialmente al antisemitismo de la época. Apenas en 1914, cuando la Primera Guerra Mundial ya había estallado, obtuvo la anhelada plaza, en la lejana ciudad de Estrasburgo, Alsacia (entonces parte de Alemania). Hasta esa fecha, se mantuvo como docente privado, primero, y como profesor extraordinario, después, puestos ambos que no implicaban remuneración.

Igual que a los demás precursores de la sociología alemana enraizada en el liberalismo de la época –Tönnies, Sombart, Max y Alfred Weber- también a Simmel le interesó el destino del individuo en la moderna sociedad urbana e industrial. Sus

² Max Weber, "Georg Simmel como sociólogo", *Sociológica* 1 (1986): 81-85 , en esp. 81.

³ En Alemania se conoce a la época en la que se forjaron las grandes fortunas, como el tiempo de los fundadores (Gründerzeit).

⁴ En las universidades alemanas, el aspirante a una plaza de profesor ordinario (que implica sueldo fijo) debe realizar un trabajo y examen de habilitación, después de la tesis doctoral.

lecturas sobre Darwin lo llevaron a afirmar que comparados con los demás animales del mismo tamaño, los humanos éramos torpes, indefensos, poco aptos para sobrevivir separados de los demás; pero que precisamente a raíz de esa “debilidad corporal”, habíamos desarrollado nuestros talentos y la disposición y capacidad para vivir en sociedad, sacrificando parcialmente nuestros intereses particulares. Al dejar atrás nuestras vidas en aislamiento, logramos no sólo sobrevivir sino, incluso, sobresalir por encima del reino animal.⁵

Hoy, dice Simmel, ya no necesitamos de compañía para sobrevivir. Ahora el peligro radica en que la sociedad llegue a desmembrarse y que cada individuo viva de manera aislada, mostrando “sus peculiaridades y rasgos únicos de una manera demasiado desenfrenada y según sus propias normas”.⁶ Para evitar que egoísmos e intereses particulares se desborden, el individuo debía “integrarse en un contexto general y vivir para éste”.⁷ Desde este mirador muy particular, Simmel dedicó prácticamente toda su obra sociológica al estudio de las múltiples formas de la *socialización* (*Vergesellschaftung*).

Su concepto de sociedad es, igualmente, algo particular. Dos o tres personas juntas ya pueden formar una sociedad. Lo importante es que entre estas personas ocurran *procesos de interacción*, y que estos últimos, tengan repercusiones recíprocas.⁸ En la sociología simmeliana, el hambre, el amor, el trabajo o los impulsos religiosos, por sí mismos no son hechos sociales. Sólo cuando estos impulsos se traducen en *procesos de interacción*, y éstos, a su vez, en *impactos mutuos*, se puede hablar de *sociedad*. El concepto de *socialización*, entonces, se refiere a los procesos de formación o configuración de *sociedades*.

Me vas a preguntar, Natalia, ¿qué tiene que ver todo eso con lo que tú observas en tu pueblo de la frontera sonoreña? Déjame explicarte, entonces, qué es lo que Simmel opina de la *sociabilidad*.

⁵ Georg Simmel, “Sociología de la comida”. En Georg Simmel, *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, 1-430 (Barcelona: Ediciones Península, 2001), 408-409.

⁶ Georg Simmel, *Cuestiones fundamentales de sociología* (Barcelona: Gedisa, 2002 [publicado originalmente en 1917]), 84.

⁷ *Ibid.*, 97.

⁸ *Ibid.*, 78.

La vida social o *sociabilidad* (*Geselligkeit*)⁹ es la “forma lúdica de la socialización”.¹⁰ Ya no tenemos por qué agruparnos en sociedad para sobrevivir. Ahora organizamos bailes, fiestas, juegos de salón, competencias deportivas, reuniones con los amigos, todo eso por el puro gusto de estar juntos, por el placer de sentirnos acompañados, por la satisfacción de formar parte de una *sociedad*.¹¹ Jugando, coqueteando, en conversación amistosa, desligados del peso material de la vida, aprendemos las reglas de la sociedad que son las de anteponer los intereses del conjunto, a los egoísmos particulares.

Podrías alegar, Natalia, que éstas son nimiedades, actividades sin relevancia en la vida real. No es así para Simmel. Él sostiene que en un club social, una fiesta, una competencia deportiva, sólo participamos con una parte de nuestro ser: precisamente aquella en la que coincidimos con los demás. *Jugamos*, entonces, a que todos somos iguales: “la sociabilidad, si se quiere, crea un mundo sociológico ideal”.¹²

En especial a la comida, Simmel le atribuye una “enorme fuerza socializadora”.¹³ En un principio, dice, comíamos cada uno aparte, sin horarios: según el hambre de cada uno y la disponibilidad de comestibles. Pero ya en la antigüedad semítica surgió la comida sacrificial que significaba “la relación fraternal en virtud de la admisión común a la mesa de Dios”.¹⁴ Entre los árabes, el beber y comer en común podía convertir a un enemigo mortal, en amigo intocable. Y qué decir de la sagrada comunión entre los cristianos donde el identificar el pan con el cuerpo de Cristo genera “un modo de ligazón completamente único entre los participantes”.¹⁵

Empezamos a comer acompañados, para dar cauce a nuestros impulsos sociables. Inventamos los horarios y “un código de reglas que va desde la forma correcta de coger

⁹ El *Diccionario de Sociología* de Luciano Gallino ([México: Siglo XXI, 1995], 798) erróneamente identifica *sociabilidad* (*Geselligkeit*) con *Vergesellschaftung* (que sería *socialización* o *sociación*).

¹⁰ Georg Simmel, *Cuestiones fundamentales*, 84.

¹¹ “Seguramente es el resultado de necesidades e intereses específicos si los seres humanos se juntan en asociaciones de culto o bandas de ladrones. Pero, más allá de estos contenidos concretos, todas estas socializaciones van acompañadas de un sentido por ellas, de una satisfacción por el hecho de estar socializado, por el valor de la formación de la sociedad como tal, de un impulso que tiende a esta forma de existencia [...]”. Georg Simmel, *Cuestiones fundamentales*, 82.

¹² *Ibid.*, 88.

¹³ Georg Simmel, “Sociología de la comida”, 401.

¹⁴ *Ibid.*, 400-401.

¹⁵ *Ibid.*, 401.

cuchillo y tenedor, hasta los temas adecuados para la conversación en la mesa”.¹⁶ Los modales, el tacto, el buen gusto, son los pilares de la socialización: obligan a dejar fuera de la mesa nuestros rasgos más individuales, y simbolizan nuestra voluntad de pertenecer al grupo.¹⁷

La vida social o sociable, entonces, está en el centro de la sociología simmeliana. Así como el arte “más libre y fantástico y más alejado de cualquier copia de la realidad, se nutre de una relación profunda y fiel con la realidad si no quiere aparecer hueco o mentiroso”, también el juego, la fiesta o los modales para comer, siempre mantienen “los hilos que la relacionan con la realidad de la vida”.¹⁸ Pero estos hilos ya no aprisionan. Precisamente por la *distancia* que guardan en relación a las exigencias de la vida material, el arte o la vida sociable son capaces de mostrar “la esencia más profunda de la vida”.¹⁹

De acuerdo con esta lógica, Natalia, tendrías que poner en el centro de tu trabajo las fiestas familiares, cívicas y religiosas de tu pueblo; el béisbol, el jaripeo y las peleas de gallos; los bailes en la plaza; los clubes sociales y deportivos; las historias, los chistes y las anécdotas que se cuentan –y, por supuesto, las carnes asadas que no pueden faltar en ninguna reunión seria. En cada caso, tendrías que observar las interacciones y efectos recíprocos que se dan –o no- entre lugareños, fuereños recién establecidos y emigrantes de paso. De tal forma, dice Simmel, podrías captar “la esencia más profunda” de lo que ocurre en tu pueblo.

No te puedo garantizar que con este enfoque, además de resultados válidos, obtengas también algunos falsos. Pero de algo estoy segura: tu trabajo será estimulante y sin rastro de “ese olor peculiar a estrechez”, como dijo Max Weber, refiriéndose a la obra de Simmel.

Te saluda con mucho cariño,
tu tía.

¹⁶ *Ibid.*, 403..

¹⁷ *Ibid.*, 405. Simmel aclara aquí que cuando unos desconocidos se sientan a comer en una mesa común en una *table d'hôte* (mesa redonda en una pensión familiar), no ocurre una *sociación* ya que el motivo no es socializar o interactuar con los demás.

¹⁸ Georg Simmel, *Cuestiones fundamentales*, 99.

¹⁹ *Ibid.*, 100.

Posdata: Para entender la situación particular de este personaje tan importante en las sociedades nortenas que es el *fuereño* o *migrante asentado*, te recomiendo leer de Simmel, *El extranjero* (equivocadamente traducido así), que “no es el que viene hoy y se va mañana, sino el que viene hoy y se queda mañana”.²⁰

²⁰ Georg Simmel, “El extranjero”. En Georg Simmel, *Sobre la individualidad y las formas sociales*, 211-217 (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmas, 2002), 211.